

bao; en Barcelona fueron presos unos doce sugetos, entre ellos D. Vicente Martí, más conocido por el *Noy de la Barraqueta*, y el demócrata D. Antonio Clavé: también lo fueron dos oficiales, que habian cometido la imprudencia de presentarse como agentes de la Junta revolucionaria de Madrid, por cuya causa tuvo que escapar D. Víctor Balaguer, marchándose á Italia con el pretexto de ir á escribir una crónica de la guerra. En Soria estaba desterrado el general D. Blas Pierrad, á quien luego veremos al frente de la insurreccion de Madrid, y en Soria fué preso D. Pablo Mateo Sagasta, tio de D. Práxedes, el director de *la Iberia*.

Estos y otros hechos semejantes prueban que el Gobierno seguia los pasos á la conspiracion, y que no iba del todo descaminado; pero nunca pudo dar con el núcleo principal de los conspiradores, ni descubrir sus planes; y mal podia descubrirlos, pues los mismos revolucionarios no tenian ninguno, y solo aguardaban la llegada del general PRIM para conocer su pensamiento y tomar una resolucion decisiva.

Por fin, el 18 de Junio anunció la *Correspondencia de España* que el general PRIM habia salido de París para el Mediodía de Francia, y en otro suelto anunciaba que habia desaparecido ignorándose su paradero. La publicacion de estas noticias hubo de contrariar las miras del Gobierno, que sin duda se proponia dejar pasar la frontera al Marqués de los Castillejos, para prenderle, y no le convenia que se diera en tal ocasion la voz de alarma; por lo cual el mismo periódico rectificó al dia siguiente, diciendo que le habian mal informado; pues por telégramas de fecha más reciente sabia, que el general PRIM se paseaba tranquilamente por los *boulevares* de París.

Esto no era verdad: en aquellos momentos, el general PRIM, acompañado de los señores Pavía, Gaminde y otros militares, viajaba por el ferrocarril de Orleans, acercándose á la frontera de España: todos cuantos se habian comprometido á tomar las armas, y cuantos deseaban ó temian la revolucion, estaban persuadidos de que vendria á ponerse al frente de ella: el Gobierno mismo tenia esta conviccion, y para impedirlo, acababa de dar instrucciones precisas al general Orozco, capitán general de Valladolid, disponiendo además que se organizara en aquella provincia una brigada volante, compuesta de dos regimientos de infantería, uno de caballería y dos baterías, á las órdenes del mariscal de campo D. Antonio Caballero de Rodas.

Se esperaba á PRIM en Madrid, y era general la creencia entre los progresistas de

que se proponía dar el golpe la víspera de su Santo, es decir, durante la noche del 23 al 24 de Junio: para esto debía encontrarse entre los conjurados por todo el día 22; y tales eran las noticias del Duque de Tetuan, que á la una de la noche del 21 recibió un telégrama del general Orozco, transmitiéndole otro del Embajador de España en Francia, concebido en estos términos:

“Capitan general de Castilla la Vieja.—Las noticias que tengo me hacen rogar á V. E. que esté sobre aviso para esta noche ó mañana.,”

Se ha creído que este parte anunciaba la desastrosa insurrección, acaecida el 22 de Junio al amanecer; pero, ni el general O'Donnell lo entendió así, ni es verosímil que el Embajador español supiera desde París, á las once y media de la noche anterior, lo que iba á suceder en Madrid pocas horas después. El parte decía simplemente al Capitan general de Valladolid: “Esté V. sobre aviso; que el general PRIM debe pasar por ahí de esta noche á mañana.,”

El movimiento se adelantó cuarenta y ocho horas; y se adelantó por el influjo de los demócratas y progresistas más ardientes, que creyendo con razón tener fuerzas sobradas para vencer, como que contaban con casi toda la guarnición de Madrid, con cuarenta piezas de artillería, con las tropas acantonadas en Alcalá y con muchos miles de carabinas depositadas en el parque inmediato al cuartel de San Gil, de las que pensaban apoderarse para armar al pueblo, se decidieron á dar el grito sin aguardar al general PRIM, de cuyos planes desconfiaban, á fin de que á su llegada se lo encontrase todo hecho, y no pudiese dirigir á su gusto la revolución.

Tal es la version más acreditada que circuló de público por aquellos días acerca del motivo por que el Conde de Reus no se halló en Madrid el 22 de Junio, habiéndose efectuado aquellos acontecimientos bajo su meditada dirección; y general fué también la creencia de que otro habría sido probablemente el resultado, si en Madrid se hallara, pues no cabe duda que allí faltó una cabeza.

En esta ocasión, como en otras, el general PRIM quiso llevar á cabo un levantamiento esencialmente militar; pero tan formidable, que bastase á cambiar la faz política de España en pocas horas, y hasta, si era posible, sin combate. Para conseguir su objeto, no solo contaba con las fuerzas comprometidas en Madrid, sino también con otras situadas en varias provincias, que oportunamente deberían secundar el movimiento, y se servía de algunos demócratas importantes y de otros hombres decididos, aunque no fuesen militares. Don José Paul y Angulo, en quien

el General había depositado toda su confianza, iniciándole particularmente en los detalles de los trabajos efectuados en la provincia de Cádiz, hablando de los sucesos de Junio, ha dicho: "Este general me aconsejó, y hasta me pidió con insistencia, que me abstuviera de iniciar al paisanaje en la sublevación proyectada. *La más absoluta reserva con el pueblo*, me decía el general PRIM, *puede únicamente darnos buen resultado* ¹.". Movíanle á obrar así razones muy poderosas: temía el barullo y el desorden que necesariamente acompañan á las grandes conmociones populares, y que, en el acto de poner en acción numerosas masas armadas, podían ser un embarazo y un peligro; deseaba vencer sin efusión de sangre, ó por lo menos ahorrándola todo lo posible, lo que no es fácil que suceda cuando se mezclan elementos indisciplinados con las fuerzas regulares; quería, en fin, dominar la situación después del triunfo, evitar atropellos contra elevadas personas, y quedar en actitud de contener los excesos demagógicos, y de impedir que la revolución fuese más allá de los límites que le trazaban sus principios, convirtiéndole á él en instrumento del partido republicano. Pero los demócratas y los progresistas exaltados de Madrid recelaban precisamente que el general PRIM no consintiera en llevar las cosas tan adelante como ellos se proponían, y hasta sospechaban algunos que tratase de salvar la dinastía que había jurado defender; otros temían que no llegase á tiempo, ó fuese detenido en el camino; y ya por esto, ya también por la viva impaciencia que mostraban los sarjentos y oficiales comprometidos, en vista de las disposiciones que tomaba el Gobierno, resolvieron dar la batalla, en la seguridad de que una vez ganada, el Marqués de los Castillejos no podría menos de aprobar lo hecho.

En consecuencia de este acuerdo, se avisó apresuradamente al paisanaje para que estuviese dispuesto, y se designaron los jefes que habían de dirigir los grupos. Se necesitaba un general, y D. Manuel Ruiz Zorrilla marchó á Soria, y decidió á Don Blas Pierrad á ponerse al frente del movimiento que, con carácter progresista, debía estallar en Madrid. Pierrad salió de Soria, disfrazado de mozo de mulas, y llegó á la capital pocos días antes del alzamiento, permaneciendo oculto en casa de Don Juan Moreno Benitez. A Valencia fué comisionado D. Manuel Llano y Pérsi, y el señor Montejo partió á Francia, á informar al general PRIM de lo que pasaba.

Este dualismo; esta precipitación, y algunos incidentes horribles é imprevistos, que sobrevinieron en el momento crítico de la sublevación, ocasionaron un espantoso desastre.

¹ *Memorias de un pronunciamiento.*

XI.

Varios fueron los planes que se propusieron en la Junta revolucionaria de Madrid. Consistia uno de ellos en sacar de la capital, durante la noche, todos los regimientos comprometidos, y dirigirse á Alcalá, cuya guarnicion estaba conforme en seguir el movimiento; cortar las comunicaciones del Gobierno central con todas las autoridades del resto de España, y telegrafiar á estas en nombre de aquel, diciéndoles que la revolucion habia triunfado en Madrid, por lo cual el Ministerio habia tenido que retirarse á Alcalá, y ordenando á los capitanes generales que abandonasen sus respectivas ciudades, é hiciesen acampar las tropas fuera de ellas para dominar desde allí cualquier alzamiento popular: aprovechando la perturbacion que estas medidas producirian, considerábase fácil sublevar en breve todo el país.

Este plan fué justamente desechado: el que prevaleció, y que sin duda hubiera obtenido un éxito completo, á no faltar una buena direccion, se halla descrito por persona que tuvo parte activa en aquellos sucesos, del modo siguiente:

„Madrid debia empezar el movimiento por los regimientos de artillería de plaza y rodada, acuartelados en San Gil, y apoyados por el paisanaje, que deberia proveerse de armas en el parque inmediato á dicho cuartel, y por cuatro batallones de infantería, dos del Príncipe y otros dos de Asturias, acuartelados en la próxima montaña del Príncipe Pio, irse en derechura sobre el Principal, punto céntrico de Madrid y asiento del Ministerio de la Gobernacion y de la Direccion de telégrafos; y secundados á la vez por la artillería rodada, que ocupaba el cuartel próximo á la columna del *Dos de Mayo*, instalar inmediatamente en dicho Ministerio el Gobierno provisional, que seria sometido á la aprobacion del pueblo. La operacion parecia infalible y hacedera en brevísimo tiempo, segun todos los cálculos humanos; porque, sorprendido el Gobierno de la manera más lastimosa para él, privado totalmente de artillería, sublevado el pueblo capaz de tomar las armas, pronunciados cuatro batallones de infantería, comprometidos casi en su totalidad por las clases y algunos oficiales á sublevarse los dos de Búrgos, acuartelados en el edificio de San Mateo, y por último, minados poco más ó menos los restantes cuerpos de la guarnicion, no

le quedaban ya al poder público defensores bastantes para salvar la dinastía, cuya última hora parecía haber sonado...

„El capitán recién retirado de artillería, D. Baltasar Hidalgo, que contribuyó más que ninguno á comprometer toda la fuerza del arma estacionada en Madrid, habia dado orden á los sarjentos de entrar en el cuarto de banderas (de San Gil), donde el coronel Puig pasaba las noches con frecuencia en union con sus oficiales jugando al tresillo, é intimándoles la orden de rendirse, dejarles en clase de presos, *sin maltratar á ninguno, ni menos quitarles las vidas*; debian en seguida los sarjentos dar el grito de *¡libertad!*, sacar los cañones á la plaza de San Gil, y apoyados por los dos batallones del 6.^o y uno del 5.^o de artillería de plaza, y por los regimientos de Asturias y del Príncipe, cuyas clases en union de algunos oficiales debian bajarlos, conducir de este modo puede decirse que en triunfo las ventiocho piezas que habia útiles, y á su frente el regimiento de á caballo hácia la Puerta del Sol, á donde por el opuesto lado deberian venir las doce piezas del cuartel del Dos de Mayo. Bastaba toda esta fuerza para instalarse el Gobierno provisional, lo que se juzgó hacedero para antes de las ocho de la mañana; y como el Ministerio debería encontrarse por la combinacion indicada sin una pieza de artillería, con otros batallones sublevados y con el pueblo armado por ser dueño del parque de San Gil, en donde habia muchos miles de carabinas Minié, tan pronto hubiera sido recibir la noticia del alzamiento, como cerciorarse de que la faz de la España habia cambiado completamente ¹..”

Tal era el plan; pero hay que hacer algunas rectificaciones al anterior relato. Las fuerzas de artillería comprometidas en San Gil fueron: además del regimiento de á caballo, los dos batallones del regimiento de á pié n.^o 5, y el segundo del 6.^o que en conjunto suministraron á la sublevacion un total de 1,318 individuos, entre sarjentos, cabos y artilleros ². Don Baltasar Hidalgo no era capitán retirado, sino comandante graduado de infantería y capitán efectivo del arma de artillería, y pres-

¹ D. EUGENIO GARCIA RUIZ: *La Revolucion en España*, folleto citado.

² Correspondian á estos diferentes cuerpos los individuos siguientes:

	Sarjentos.	Cabos.	Soldados.	Total.
Al 5. ^o regimiento de plaza.	31	64	456	551
Al 2. ^o batallon del 6. ^o	17	32	329	378
Al regimiento á caballo.	24	63	302	389
	72	159	1087	1318



taba desde hacia algun tiempo el servicio de comandante segundo jefe del 2.º batallón del 6.º regimiento á pié. Recien llegado á Madrid, este militar ofreció á los directores del movimiento revolucionario su cooperacion, que le fué aceptada, y solicitó del Gobierno una Real licencia que le permitiera ocuparse exclusivamente en aquel objeto: habiéndosele negado la licencia, continuó en Madrid, donde se le encargó más tarde del alzamiento que se intentaba con casi todo el ejército residente en aquella capital. Entonces pidió su licencia absoluta, cuya instancia pasó al Tribunal Supremo de Guerra y Marina con fecha 20 de Junio; y en tal estado, vió á los sarjentos que se hallaban al frente de los trabajos hechos en los regimientos, á fin de conocerlos y darles las instrucciones para el movimiento. Fueran estas, segun declaracion del mismo Hidalgo, que en la hora al efecto más propicia, sorprendieran, desarmaran y dejaran encerrados en los cuerpos de guardia á los jefes y oficiales de cada cuartel, y en sus pabellones á los que en ellos se encontraran; llevándolo á cabo sin hacer uso de las armas, para evitar, en cuanto fuera posible, todo derramamiento de sangre ¹.

Dispuesto el movimiento para el 22 de Junio, y elegida como la mejor por los sarjentos la hora del amanecer, quedáronse á pasar la noche en unas casas que hacen frente al cuartel de San Gil el general Pierrad y algunos oficiales dados de baja en el ejército, juntamente con varios paisanos de los más distinguidos entre los progresistas y demócratas. En cuanto al Gobierno, ignoraba cuál hubiera de ser á punto fijo el dia señalado por los conspiradores; pero hacia ya algun tiempo que el ministro de la Gobernacion y el sub-secretario dormian en el Ministerio, provistos de rewólvers: el general O'Donnell se retiraba tarde, y aquella noche, la del 21 al 22, no se acostó hasta la madrugada, después de haber recibido el parte del Capitan general de Valladolid, de que antes hemos hablado. En los cuarteles vigilaban los jefes de los cuerpos, en union con los oficiales de su mayor confianza, y en el momento de estallar la insurreccion, que serian las cinco de la mañana, se hallaban reunidos en el cuarto de banderas del cuartel de San Gil el brigadier D. Federico Puig, coronel del 5.º regimiento de artillería de plaza y el comandante D. Joaquin Valcárcel; el capitan D. Ricardo Torreblanca y el teniente D. Juan Montoto, de guardia; y los oficiales Sr. Allende Salazar, D. Juan Martorell y subteniente de infantería, agregado, D. Federico del Pozo, de vigilancia. Martorell estaba dormido en

¹ Carta del comandante capitan de Artillería, D. Baltasar Hidalgo de Quintana, dirigida á los jefes y oficiales del arma desde Paris, á 28 de Octubre de 1867.

una butaca ó sofá de gutapercha, y Montoto recostado en otra enfrente de la puerta: los demás jugaban ó veían jugar al tresillo al rededor de una mesa.

Comenzaba á clarear el dia, cuando, segun relacion de los revolucionarios, y entre ellos el capitan Hidalgo, entraron siete sarjentos y cabos en el cuerpo de guardia de los regimientos á pié para sorprender é intimar la rendicion á los jefes y oficiales que en él se hallaban, prenderlos, desarmarlos y dejarlos allí mismo encerrados, apoderándose de las llaves del cuartel; pero quiso la fatalidad que el capitan Torreblanca disparara por dos veces su rewólver sobre los agresores, matando á un sarjento é hiriendo á otro, lo cual dió origen á una sangrienta lucha, en la que quedaron muertos ó heridos varios de aquellos jefes y oficiales, escapando solo dos ile-sos, á favor del desórden. Una escena semejante pasó en el cuartel del regimiento á caballo: al oirse los tiros disparados en el inmediato, un sarjento dió el grito de “¡ viva la libertad!;” los oficiales salieron al patio, donde fueron acosados á balazos; bajaron otros sarjentos y cabos, é intimaron á los oficiales la rendicion; pero se resistieron, comenzando una lucha en que fué muerto el comandante Cadaval, y heridos un teniente y dos sarjentos ó cabos, y terminó retirándose el capitan de cuartel á ocultarse en el cuarto de un sarjento, y los demás oficiales al cuerpo de guardia, sin que después fuesen molestados ni uno ni otros ¹.

El señor García Ruiz cuenta estos hechos de un modo algo diferente. Segun él, uno de los sarjentos se presentó con la carabina á la cara delante de la descuidada oficialidad que se hallaba en el cuarto de banderas, y le intimó la órden de rendirse: mientras el sarjento tenia fija la vista en el desventurado coronel Puig, porque contestaba á su intimacion con algunas observaciones, el capitan Torreblanca sacó de soslayo el rewólver y lo disparó contra el sarjento. Aquel tiro fué la señal de alarma: diez ó doce sarjentos que esperaban en la estancia inmediata, creyéndose perdidos al oir la detonacion, se arrojaron ciegos de furor sobre sus jefes disparándoles las carabinas. El coronel y cuatro ó cinco más quedaron tendidos bañándose en su sangre, siendo el primero el capitan Torreblanca: dos ó tres lograron salir del horrible sitio como de milagro: estos que escapan y algunos otros oficiales que no se hallaban en el cuarto de banderas, arengan á la tropa para que permanezca fiel al Gobierno, pero son víctimas de su celo: surge de todo esto una confusion inmensa y alguna lucha en el interior del cuartel; ni los sarjentos, ni Hidalgo, ni Pierrad pueden hacer que salgan en órden las ventiocho piezas ni los tres batallones de

¹ Carta citada del capitan Hidalgo.

plaza; piérdese el tiempo; las tropas del cuartel de la Montaña, excepto una compañía, se vuelven contra los sublevados; el Gobierno recibe aviso, toma disposiciones, y puede contar con seguridad que la revolución nace con poca vida, porque nace horriblemente desordenada¹.

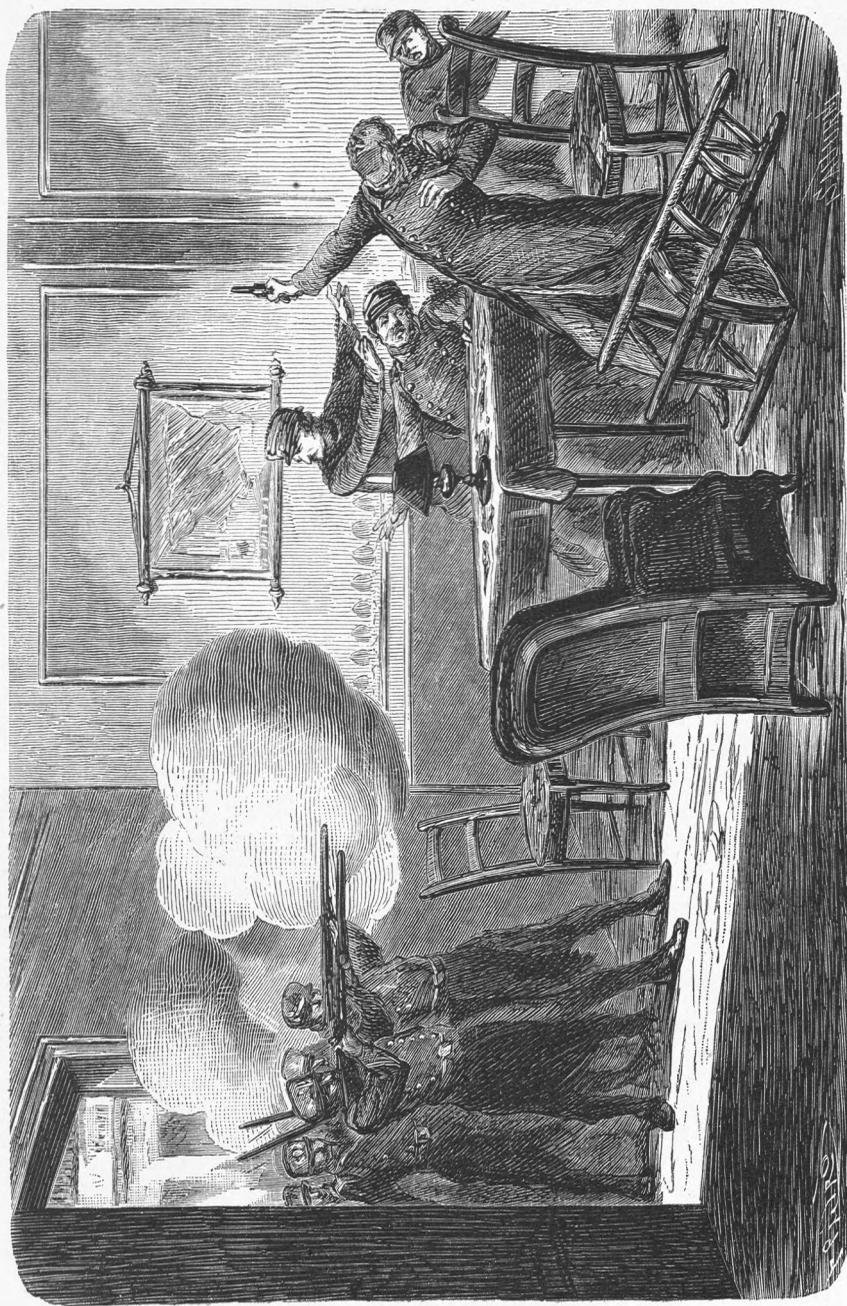
Estas relaciones, además de incompletas, no parecen estar del todo conformes con la verdad de los hechos ocurridos. El mismo capitán Hidalgo, que debiera conocerlos mejor que nadie por su contacto con los sarjentos, no pudo presenciar lo que pasó en el cuarto de banderas; pues, según declaración posterior suya, estaba entonces en el pasadizo de entrada, fuera de la puerta del cuartel, que no se abrió hasta que aquellos recogieron las llaves, motivo de la lucha referida, si lucha hubo, ni tampoco entró para nada en el cuartel del regimiento montado².

El relato más fidedigno, que resulta de la declaración de testigos presenciales y de las novecientas ó más causas formadas á consecuencia de estos acontecimientos, es el siguiente:

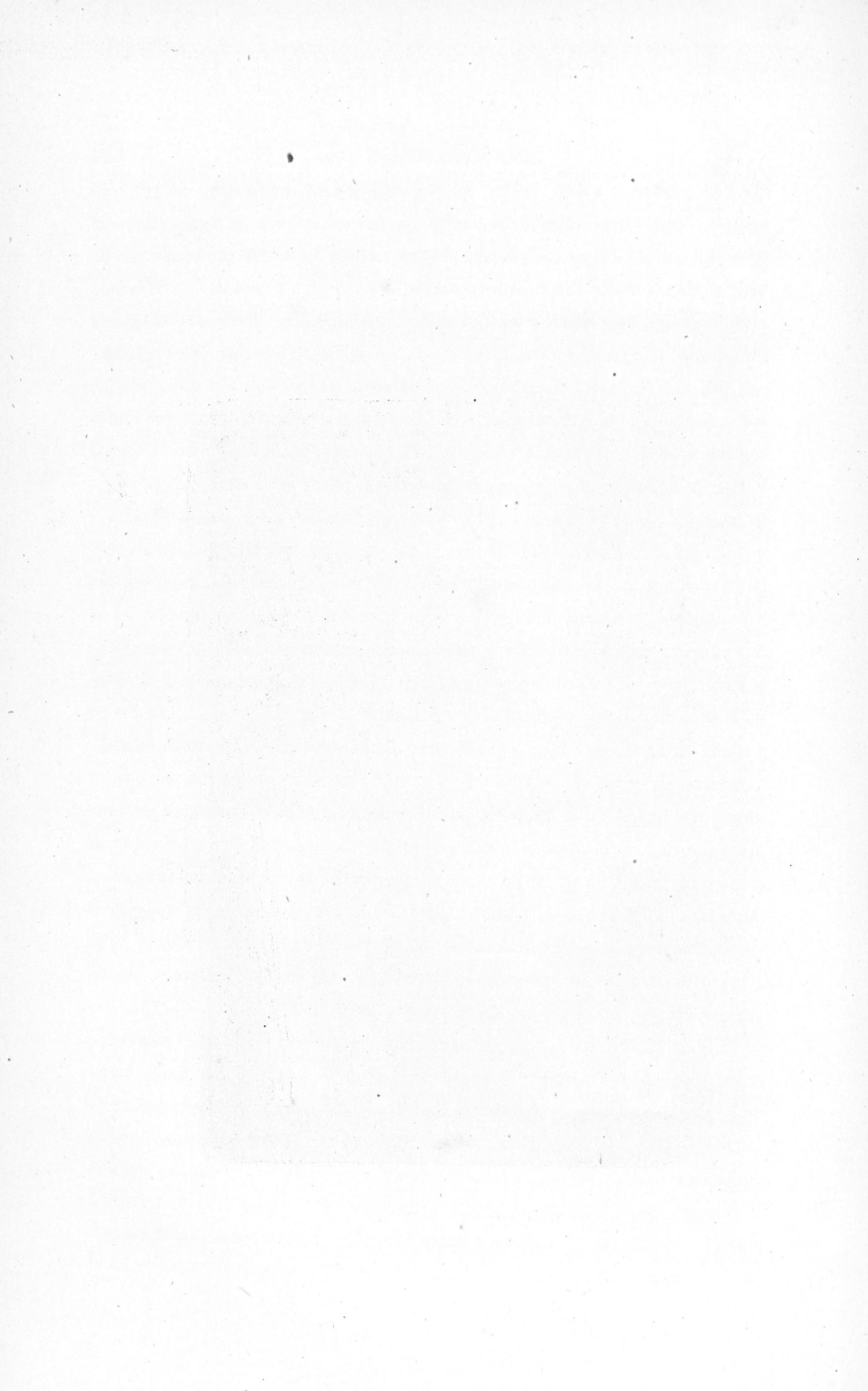
Hallábanse los jefes y oficiales, que antes hemos nombrado, en el cuarto de banderas, cuando habiendo sentido pasos en la pieza inmediata, el teniente Montoto se levantó creyendo que serían los sarjentos primeros que bajaban á dar el parte; pero inmediatamente se vió que describían la cortina de la puerta, y apareció un grupo de cinco ó seis hombres armados, que apuntaron las carabinas, gritando uno de ellos:—“El que se mueva es muerto.”—A esta voz, el teniente Martorell, que, como hemos dicho, estaba dormido, se levantó sobresaltado, y dió un paso hácia la puerta; pero en el acto le dispararon un tiro de carabina, y cayó al suelo con la cabeza atravesada de un balazo. En el mismo instante, Montoto y Torreblanca desenvainaron los sables y acometieron á los agresores, que haciendo fuego sobre ellos, los dejaron tendidos, al primero sin conocimiento, herido de bala en un brazo y de un bayonetazo en el vientre, y al segundo muerto de un balazo en la cabeza. Todo esto fué obra de breves momentos, durante los cuales, el coronel Puig, seguido del jóven subteniente D. Federico del Pozo, se deslizó arrimado á la pared y entró en un gabinete interior, donde habia una puertecita de escape, que daba al cuarto de ordenanzas, con el objeto de salir por allí al patio del cuartel y contener la sedición de la tropa; pero aquella puerta habia sido clavada pocos días antes para evitar por

¹ GARCIA RUIZ: folleto citado.

² Comunicado del general Hidalgo de Quintana, remitido al periódico *El Imparcial* con fecha 17 de Noviembre de 1872.



El 22 de Junio de 1866.



ella una sorpresa, y á los esfuerzos hechos para abrirla, contestaron de la parte opuesta con dos tiros, cuyas balas traspasaron la madera: una de ellas atravesó el costado izquierdo del coronel; la otra pasó rozando la levita del subteniente. Apoyado en este, volvió el señor Puig al cuarto de banderas, y sintiéndose herido de muerte, se dejó caer en un sofá. Ya entonces los sarjentos, dueños de las llaves del cuartel, habian salido al patio, á donde les siguió el comandante Valcárcel: este jefe, oponiéndose á la soldadesca amotinada, se mostró enérgico y valiente hasta el punto de hacerla vacilar; pero á sus voces acudieron algunos de los más comprometidos, y disparando sobre él, le dejaron exánime.

Poseido de terror, el subteniente Pozo, que era casi un niño, abandonó el funesto cuarto de banderas, dejando á su coronel en brazos del señor Allende Salazar; y sin poder darse cuenta á sí mismo de lo que hacia, corrió á la puerta del cuartel, que acababa de ser abierta, y en cuyo pasadizo dice el señor Hidalgo que se encontraron ambos en el momento que él entraba: salió á la plaza de San Marcial, en la que ya habia grupos de soldados y paisanos, que movian gran alboroto; y pasando por entre ellos, se encaminó presuroso á la Puerta del Sol, y dió parte al Ministro de la Gobernacion de lo que sucedia en San Gil.

Entre tanto, Hidalgo daba disposiciones para sacar las primeras fuerzas de artillería de á pié, y segun él mismo refiere, mandó cerrar las dos puertas del cuerpo de guardia, con órden de hacer fuego sobre ellas de vez en cuando, para impedir la evasion de los oficiales que fueron detenidos en varios puntos y encerrados allí dentro. En cuanto al coronel Puig, acompañado de Allende Salazar, habia salido á la plaza, dirigiéndose al cuartel inmediato (situado en el mismo edificio), en la creencia de que el regimiento á caballo no estaria sublevado; mas al llegar junto á la puerta, un sarjento de su mismo cuerpo le disparó un tiro en la sien, dejándole muerto. Salazar se puso en salvo á favor del desórden.

Tambien el coronel del regimiento montado, D. Joaquin Espinosa, juntamente con el comandante D. Joaquin Cadaval y el teniente D. Jacinto Porta, habian pasado la noche en vela en el cuarto de estandartes; pero viendo que nada de particular ocurría, se retiraron á descansar poco antes de amanecer, quedando solos el capitán de cuartel D. Mariano Fernandez de Hiestrosa, y el teniente de guardia D. Eugenio Torreblanca, primo del que fué muerto en el cuartel inmediato. Pasado algun tiempo, y dada la órden de tocar diana, parecióle á Hiestrosa haber oido un tiro hácia la plaza; salió á informarse, y al volver, vióse acometido por el sarjento

de guardia, Pedro Bastarrica, que le disparó el rewólver por la espalda, pero no le hirió. Al ruido, acudió Torreblanca, rewólver en mano, y un segundo tiro de Bastarrica le dejó tendido. El capitán formó entonces la guardia, cuyos individuos se prestaron á obedecerle, y habiéndoles encargado la defensa de la puerta, corrió en persecucion de su enemigo, despreciando el fuego que este y otros sarjentos le hacian; hasta que, perdiéndolo de vista, subió á los dormitorios y dió disposiciones para poner su batería sobre las armas. Cuando Hinestrosa volvió al patio, lo encontró ya invadido por los sublevados de los regimientos de á pié, á quienes Bastarrica habia dado entrada por una ventana, que comunicaba con el otro cuartel: un sarjento y varios soldados de á pié le pidieron las llaves, y negándose el capitán á entregarlas, le hicieron una descarga, de la que milagrosamente salió ileso; pero tuvo que retirarse nuevamente á los dormitorios. En esto acudieron el coronel Espinosa, el teniente Porta y el comandante Cadaval: este último bajó corriendo al patio, donde una descarga de los sublevados le dejó sin vida.

Crecia, entre tanto, el tumulto, dentro y fuera de los dos cuarteles, y en medio de aquel espantoso desenfreno, todos gritaban y nadie se entendia: no faltaban almas nobles que, viendo el peligro de morir asesinados en que se hallaban los jefes y oficiales, los prendian para salvarlos, encerrándolos en los cuartos de los sarjentos ó en los cuerpos de guardia.

Cuando sonaron las primeras detonaciones dentro del cuartel de San Gil, el general Pierrad, y los demás militares y paisanos que habian pasado la noche en las casas de enfrente, acudieron á la plaza, donde no tardaron en aparecer grupos de artilleros, unos á pié, otros montados, y todos en traje de cuartel: con dificultad salieron al fin cuatro baterias; el general Pierrad quiso organizar aquella desordenada fuerza, para lo cual empezó á dar voces de mando; pero se cuenta que algunos sarjentos le contestaron:—*“Bastante tiempo nos han mandado: para que continuen mandándonos, no nos hemos jugado la cabeza esta mañana.”* Contestacion sublime de lógica, y por la cual se explica en parte la derrota que aquel dia sufrieron los revolucionarios: el espíritu de indisciplina retrasó mucho las operaciones, dando tiempo al Gobierno para reunir fuerzas y aprestarse á la lucha; pero no menos contribuyó á este resultado la heroica resistencia con que un puñado de valientes defendió la Maestranza contra los ataques del paisanaje y la tropa sublevada, que necesitaban apoderarse del Parque para tener armas y municiones en abundancia. El Parque fué tomado, y desde aquel momento parecia que la revolucion iba á extenderse aso-